

LA TRILLA

(CUADROS DEL CAMPO)

La agricultura nunca está tan decaída ni tan en ruinas como se asegura por ahí, en la prensa y en los clubs. Y la razón es que los agricultores son quejumbrosos de suyo y nunca confiesan el cincuenta por ciento de sus ganancias.—¿Cómo está la cosecha este año? se les pregunta.—Regular, contestan en el mejor de los casos.—¿Y la viña?—Helada completamente.—¿Y las chacras?—Muy atrasadas: no darán los gastos.

Con esto y el deseo de teñirnos de negro el horizonte, varias personas de buena voluntad dicen por ahí que la agricultura es un cadáver insepulto, que el salitre se acaba el día menos pensado, que las minas no son nuestro porvenir, y que Chile va a amanecer de un momento a otro sin más esperanzas que el trigo y los ganados.

Conviene, pues, para el caso de que lleguemos a ser un pueblo agrícola, que nos habituemos a mirar algo más que el mar y sus accesorios, y volvamos la vista a uno de esos pedazos de llanura verde, surcadas de alamedas y encerradas en cerros llenos de chaguales y espinos.

El trabajo comercial es árido como una operación aritmética: un telefonazo, una contestación, una suma, y está todo terminado, sin dejar otro rastro que el pago de la comisión.

Pero el trabajo del campo tiene tanto color como la paleta revuelta y enmarañada de un artista. El cielo se abre terso y limpio como una concha de raso azul; por el oriente se extiende la gran muralla que nos ha dado Dios, por el occidente el mar, y en este inmenso teatro en que funciona el sol dejando caer con regularidad desesperante sus rayos de fuego, el agua extendiendo su riego y reverdeciendo los campos, y la tierra

fructificando con la potente fecundidad de madre, se ajita todo el mundo agrícola, vivo y risueño.

Han llegado los últimos días de Enero, y se está haciendo *la encierra* con inusitado vigor y actividad. Ya no hay siesta! Las enormes carretas cargadas hasta el tope de espigas doradas, van bamboleantes por los caminos, con el eterno chirrido de sus ruedas, reproduciendo en forma rústica y desbordante el mejor cuerno de la abundancia de nuestros campos.

La llanura sembrada se ajita por el viento en olas de espigas, que dan reflejos de oro. A lo lejos asoman sus cabezas en el trigo los segadores inclinados sobre la tierra moviendo incessantemente la hechona, y más lejos se extienden los cerros de la cordillera, que por más que se empinen no alcanzan a ver el mar.

La encierra ha terminado y va a comenzar la trilla, lo que se nota en el ambiente, que está más perfumado; en la brisa, que trae punteos sueltos de guitarras y lejanas voces de cantoras que ensayan la garganta.

Las máquinas Ramson que turbaron un día con su largo silbato el silencio de los campos, hicieron huir con alborotado y frenético galope a las yeguas que hacían la trilla bajo los cascos de sus patas. La trilla se apagó, se descoloró, se fué en el medio de un escape de vapor, como la última esencia de una vieja y poética vida de algazara campestre.

Las máquinas son prosaicas de suyo, porque hacen el eterno cuadro del trabajo moderno con una chimenea que arroja humo y un volante que jira con ciclópea velocidad. Esos émbolos han expulsado, de entorno suyo, el color, la vida animal, el viento y el aroma.

Vamos, pues, a un rincón donde las yeguas hayan parado su galope y encontrado asilo contra la invasión de las Ramson.

Ha amanecido el día de la trilla; un día de Febrero, claro, luminoso, lleno de sol, abierto hacia todos lados. La *era* es un acinamiento de aristas doradas, que parece concentrar y atraer sobre sí toda la luz y todo el sol del valle.

Por las alamedas avanzan las carretas, cargadas con todos los menesteres, incluso las niñas, que van afinando ya las guitarras y tamboreando sobre sus sonoras cajas.

De todos lados vienen jinetes, con sus espuelas de grandes rodajas, que suenan como cascabeles de plata, y la manta dominguera doblada al hombro con *chic* sin igual.

En la ramada se van juntando, saludándose, echando cálculos sobre lo que *rendirá* la cuadra, ponderando sus caballos y esperando que lleguen las niñas a alegrarlo todo con sus ojillos de gatas enamoradas, y la voz plañidera y melosa con que cantarán:

¡Tan chiquitita y con luto,
Dime quien se te murió,
Que si se ha muerto tu amante,
No llores que aquí estoy yo!

Por fin, a lo lejos, por la puerta de trancas del potrero, aparece una polvareda: ¡Son ellas! No nos referimos a las niñas, sino a las yeguas.

Su marcha remece el suelo alfalfado y endurecido por el sol, y se van acercando como una avalancha, sueltas al viento las crines, la cabeza balanceándose con coqueta alegría y el braceado galope mostrando la buena sangre de la yeguada.

Los jinetes se separan de la entrada, parten al galope, revuelven sus caballos, y abren por fin calle a la enorme cuadrilla que relincha, se encabrita, levanta las orejas, se detiene ante la abertura de la quincha, y se lanza después silenciosamente sobre el trigo que forma un muelle colchon a la yeguada.

El galope se cambia dentro, primero en trote y después en paso; y no se sienten ya los pasos sino el crujido de la espiga envuelta y desmenuzada bajo los cascos de las yeguas.

Los jinetes se ofrecen la preferencia, para correr; por fin se lanzan dos y comienza la trilla, la alegría y la fiesta del campo.

Las yeguas van al galope, saltando casi y enterrándose en el grueso colchón de espigas. Es un círculo vertiginoso, que da vueltas, que se emborracha con sol, con luz, con fuego, con el polvo que se levanta por el aire y cae jugueteando con millares de pajitas que parecen plumilla de oro caída del cielo.

Más tarde las yeguas no se ven entre el remolino de la paja que levanta el viento y el polvo dorado que envuelve la cara,

y los jinetes siguen sucediéndose de dos en dos alternando sus clamores, con risueño y variado estribillo.

Más tarde aún, humea la cazuela a la sombra de los árboles, corre chacolí superior, suena el punteo de la guitarra, sale a cancha una pareja, y hay ojos que centellean, sangre que bulle, cuerdas que se destuercen y enredan, tamboreo que despierta un viejo cúmulo de recuerdos, y canto, canto alegre, vibrante, que va rodando por las alamedas y llega al faldeo del cerro, y vuelve en ondas sonoras despedidas por el eco.

Y bajo ese cielo azul, que es el nuestro, ante esas montañas testigos de toda nuestra vida de pueblo, con ese canto que es también nuestro, la sangre chilena hierve, como hierve dentro de la olla de greda la cazuela espumosa y picante.

En una trilla bailaba un huaso joven y alegre, con la mano en la cadera, y los ojos tiernos fijos en los giros endemoniados de su endemoniada compañera de baile. Eso es cueca! Qué ligereza de pié, qué culebrear de cuerpo, qué hacer de lindezas desde la cadera para arriba, y de dibujos para abajo! El chacolí corría, y ese huaso era ya un instrumento sonoro, porque de sus labios salían chistes a borbotones, de su garganta tonadas armoniosas y tristes, y de sus ojos un volcán de pasión.

Cuando todos se agrupan para verlo, y oirlo, para no perder una sílaba, parecía que estaba allí todo el pueblo de Chile encarnado en ese rotito de ojos negros.

De repente, le brillaron los ojos: el chacolí, el canto, el amor, el sol, la luz, los ojos de las mujeres, el olor a la madre tierra exuberante y rica de verdura, habían embriagado a ese reicito del campo.

Saltó a su caballo, montó en él, apretó las espuelas y se lanzó al galope.

¿Dónde iba? Todos se levantaron y lo vieron desaparecer por una alameda a todo el escape loco de su caballo tordillo. Después se siguió sintiendo el ruido del galope en la calma del campo, y después hubo silencio.

Los que siguieron detrás para alcanzarle lo encontraron deshecho contra la primera valla de piedra del cerro.

¿Por qué se había lanzado ese hombre en esa carrera loca, vertiginosa, suprema?

¡Ah! Había algo extraño en ese suicidio, en el suicidio grandioso de ese muchacho producto virgen del suelo chileno, que tenía corazón grande, alma impetuosa, cabeza despierta y pasiones hondas.

Y esa carrera suprema, brutal, loca, ¿no tiene una nota del himno de nuestras batallas, del grito de nuestras cargas a la bayoneta, y del viva de nuestros triunfos?

Chile está en las batallas; pero está también en los grandes días del campo.

En las ciudades a donde llegan los buques de Europa trayendo en las plegaduras de sus velas el molde universal y cosmopolita de la moda, va desapareciendo ese Chile criollo que aún no ha encontrado su cantor.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.